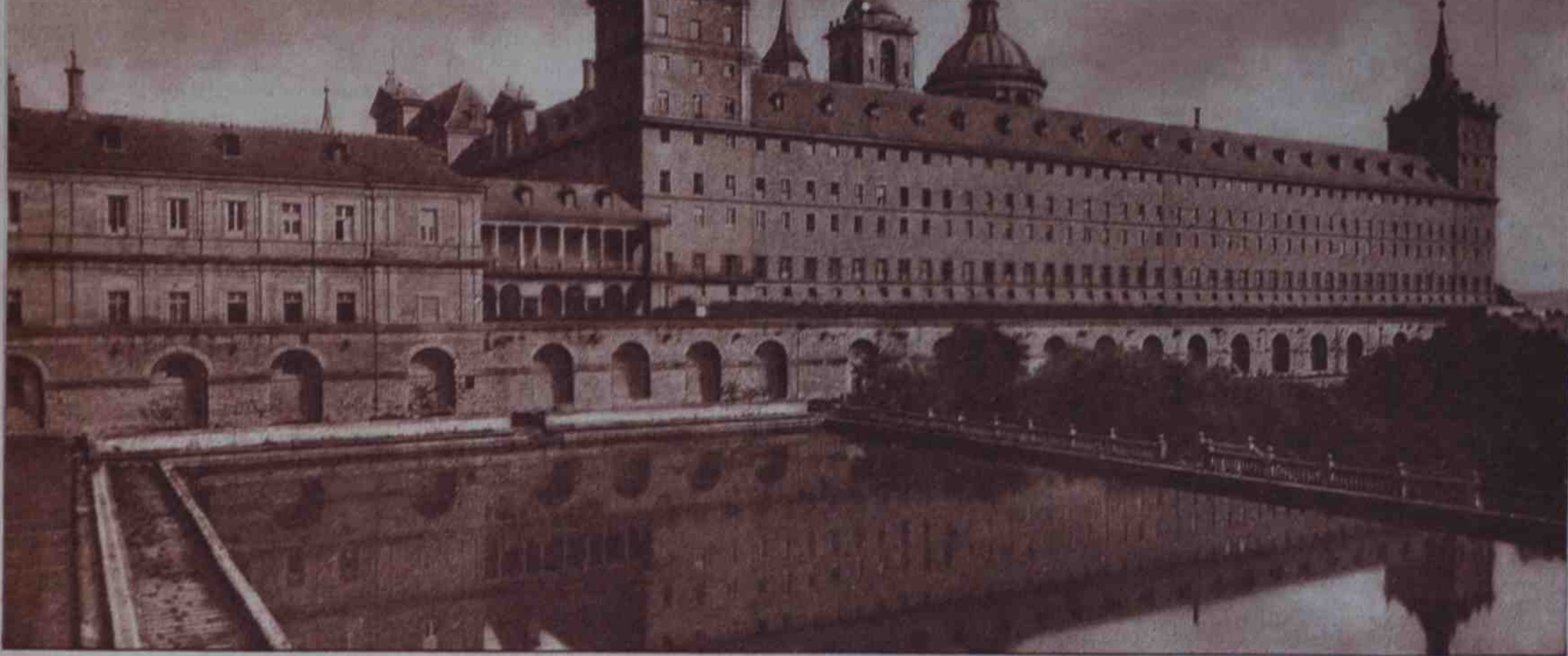


# Su sepulcro



El Monasterio de El Escorial.

QUIZA LOS REYES SE ACABEN...

—El 4 de noviembre de 1930—dice una de las personas que me acompañan—fué la penúltima vez que el ex rey don Alfonso vió su sepultura.

Había venido a El Escorial con ese príncipe japonés, Takamatsu, que estuvo en España el otoño pasado y le guiaba por el Monasterio. En el panteón de reyes, se detuvo ante la única urna que aún está vacía, en la pared de la derecha del altar, y le indicó a su huésped:

—Este es mi sepulcro.

A Takamatsu le llamó la atención que no quedara lugar para nuevos enterramientos.

—Entonces, ¿no caben más reyes aquí?

—No.

—¿Y qué harán con los reyes que sucedan a su majestad? ¿Dónde los sepultarán?

Don Alfonso se encogió de hombros:

—¡Psch!... Ya buscarán sitio por ahí, si hace falta... Pero, a lo mejor, no hace falta...

—¿Por qué?

—Pues porque puede ocurrir que esto de los reyes se acabe...

AQUI ME SEPULTARAN...

—Al ex rey, ¿no le desagradaba ver su sepulcro?—pregunté.

—Yo creo que no—responde otro de mis guías, que ha sido testigo de casi todas las visitas de la Corte al Monasterio—. Le he visto muchas veces acercarse, sonriente, a la urna y contarles a los que venían con él que allí lo sepultarían. Recuerdo que, en una ocasión, una de las personas que le escuchaban opinó que la tumba era pequeña para un hombre tan alto como él, y él



Por esta puerta del Patio de los Reyes, cada rey no podía pasar más que dos veces: la primera, vivo; la segunda, muerto...

le explicó que en aquella urna no lo pondrían en cuanto se muriera, sino mucho tiempo más tarde, al cabo de diez o doce años. "Entonces—decía—será muy fácil acomodarme aquí." Y lo decía con aire tranquilo, indiferente, como si hablara de una monía faraónica.

Ultimamente, después de la muerte de su madre, si me parece que empezó a inspirarle cierta aprensión el sepulcro. Traía mucha menos gente a verlo que antes...

A LA PUERTA DEL PUDRIDERO

Vamos conversando de ese modo mis acompañantes y yo, mientras bajamos al panteón real de El Escorial.

Es una tarde de final de verano. En lo alto de la escalera, por una ventana abierta a un jardín, entra una suave luz dorada.

Poco a poco nos vamos alejando de ella, vamos hundiéndonos en las tinieblas del panteón.

Hemos pasado ante la gran inscripción latina que sirve como de rótulo al monumento: "Lugar sagrado, dedicado por la piedad de los Austrias a los despojos mortales de los Reyes Católicos que aguardan el día ansiado"... y ahora descendemos por una larga escalera de mármoles y jaspes.

Llegamos a un descansillo, en el que hay dos puertas iguales, dos altas y fuertes puertas de cuarterones, una a la derecha y otra a la izquierda.

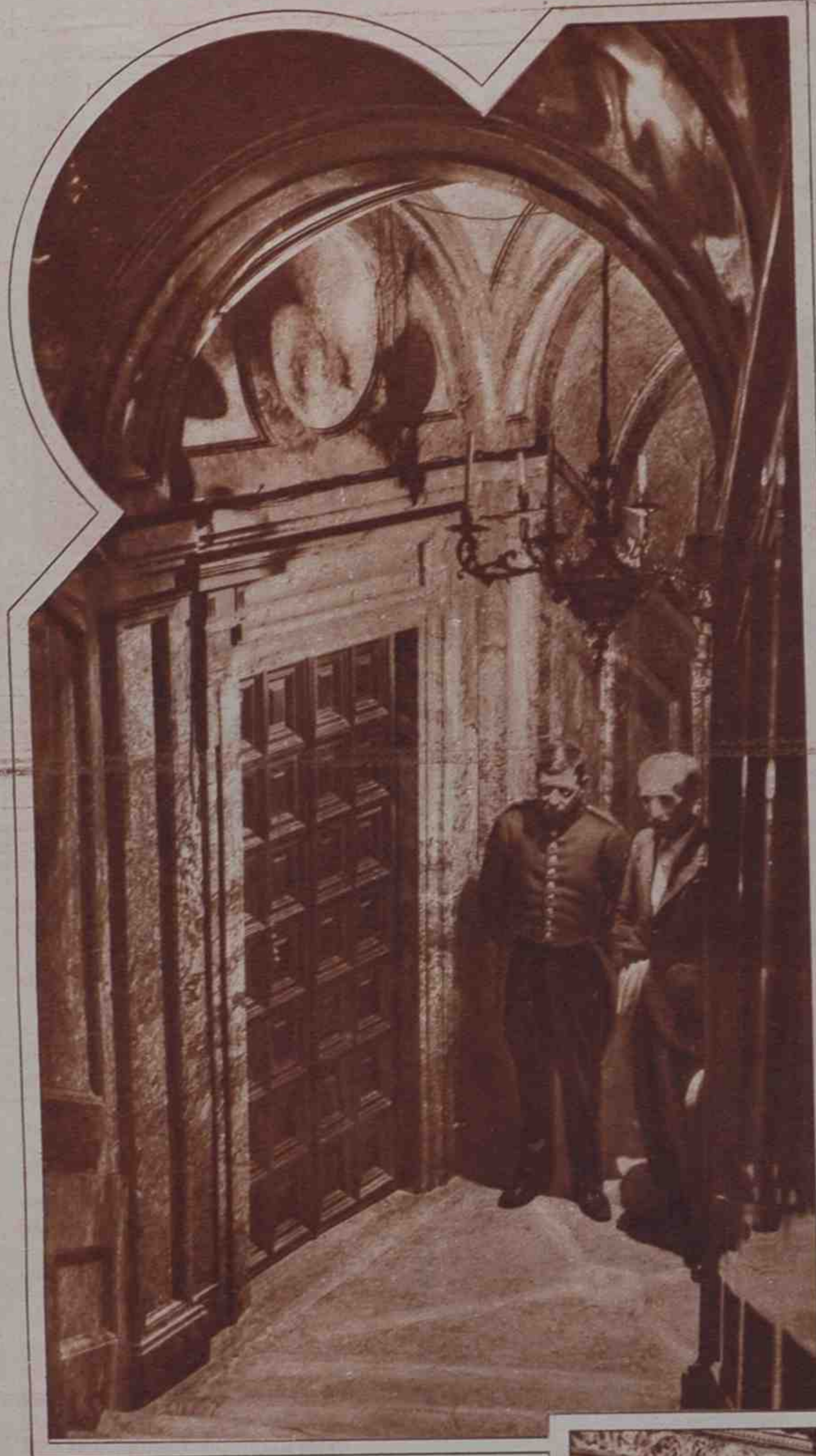
—Los pudrideros—indica el guardián del panteón—. Este de la derecha, es el de los reyes; el de la izquierda, el de los infantes.

—¿No se puede entrar?

—No. Aquí no se abre nunca.

Nos hemos quedado parados en medio del descansillo, entre las dos misteriosas puertas, mirándolas, vagamente sobrecogidos. ¿Qué ocultan?





rey se presentó aquí de pronto, sin avisar, sin que le esperaran. Bajó estas escaleras precipitadamente y mandó abrir el pudridero. Cuando se adelantó para entrar, alguna de las personas que le rodeaban, parece que hizo ademán de seguirle, pero él la contuvo:

—No. Esperad.

Y entró y cerró la puerta.

Ahí estuvo bastante rato, una media hora o más... Lo que hizo, lo que pensó, lo que murmuró en esa media hora, ya le digo que nadie lo sabe. Lo único que se ha podido conjeturar es que estuvo arrodillado; pero no arrodillado como otras veces, que se ponía sobre el cojín que hay ahí dentro para que el rey haga sus oraciones con comodidad, sino arrodillado sobre el suelo...

—Y eso, ¿cómo se sabe?

—Pues porque, al salir, llevaba llenas de polvo las rodilleras del pantalón.

Después—continúa el narrador—bajó al panteón, se detuvo un momento frente a la fila de tumbas, en la que están la de su padre y la suya, y en seguida echó escaleras arriba, seguido de su comitiva, sin decir una palabra.

EL SEPULCRO VACIO

Unos peldaños más abajo de los pudrideros está la entrada del panteón de reyes.

Es una gran cámara de mármol fastuosamente decorada. Al fondo, frente a la puerta de entrada, hay un altar, y, a derecha e izquierda de este altar, las paredes aparecen guarnecidas, desde el suelo hasta el techo, de una especie de anaquelaría, en la que están colocadas, en hileras, las urnas con los huesos de los reyes de España, desde Carlos I, el emperador.

—A los visitantes—me ponderan—esto les impone mucho. A los extranjeros, sobre todo. Una vez, un sabio alemán se desmayó...

Supongo que sería un sabio alemán de una sensibilidad extraordinaria, porque, para un hombre normal, este cuarto, con sus filas de urnas, cuidadosamente dispuestas en los estantes, no resulta muy imponente. Parece un almacén. Un almacén de conservas o de productos farmacéuticos.

Solamente los reyes de España y las reinas que hayan sido madres de reyes de España tienen derecho a que se guarden en ese almacén sus egregias rasas. Hasta ahora, hay en él veintiuna. Doce de reyes: las de Carlos I, Felipe II, Felipe III, Felipe IV, Carlos II, Luis I, Carlos III, Carlos IV, Fernando VII, Alfonso XII, Isabel II y su marido, don Francisco de Asís. Y nueve de reinas. Las urnas son veintiséis, de manera que quedan todavía cinco vacías.

Pero en el sitio reservado a los reyes, que es la derecha del altar, no hay vacía más que una: la que estaba destinada a don Alfonso, que hubiera sido el décimotercero rey sepultado en el Monasterio. La tumba de don Alfonso está en la hilera más alejada del altar, y es la última, la más cercana al suelo, de las cuatro que forman la fila.

La primera, es la de Fernando VII. "Ferdinand VII—dice una sencilla inscripción sobre una tarja de bronce colocada a un lado del sepulcro—. *Hisp. Rex*". La segunda, es la de su hija Isabel: "*Elisabeth II - Hisp. Regina*". La tercera, la de Alfonso XII: "*Alphon-sus XII - Hispan - Rex*". La cuarta es igual que las otras, sólo que la tarja en la que se inscribe el nombre del difunto, no tiene ningún letrero. Sobre ella se habría escrito un día: "*Alphon-sus XIII - Hispan - Rex*".

El pudridero. Ahí dentro, frente al cadáver de su madre, estuvo don Alfonso arrodillado en el suelo, el día que fué a despedirse de sus muertos...

¿Qué habrá detrás de ellas?

—Ahora ¿hay alguien ahí dentro?

Sin darme cuenta he hecho la pregunta en voz baja, como si temiera despertar a alguien...

Sí—dice el guardián—, aquí, en el pudridero de infantes, está don Antonio de Orleáns, el marido de la infanta Eulalia. Don Antonio es el último individuo de la familia real que ha entrado en estos panteones... Aquí, en el pudridero de reyes, está la reina doña María Cristina...

—¿Doña María Cristina?

—Sí—repite el hombre—: aquí está...

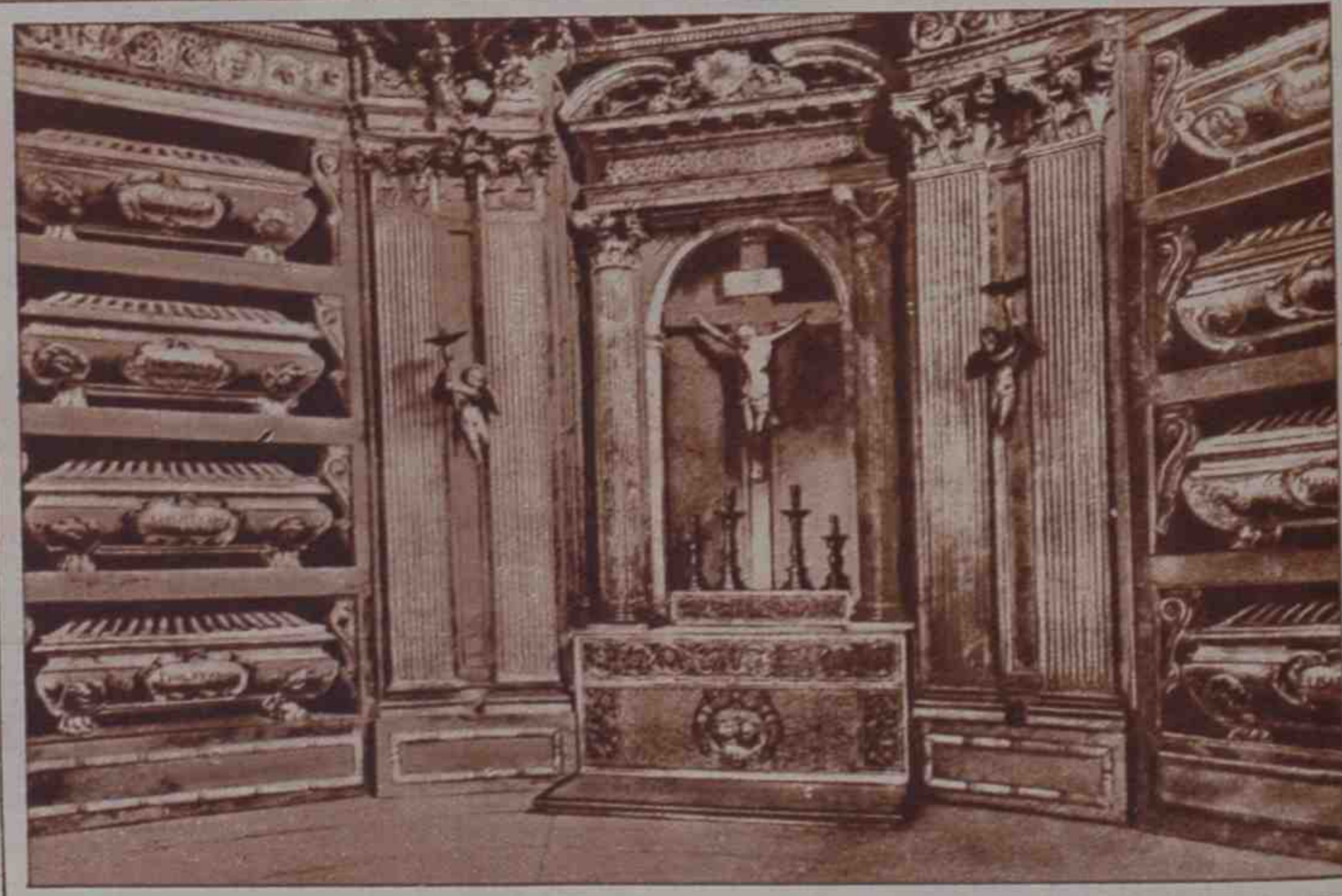
Y pone la mano sobre la puerta de la derecha.

DON ALFONSO SE ARRODILLO EN LA TIERRA

—Aquí, en este pudridero, en que descansa el cadáver de su madre—cuenta entonces otro de los amigos de El Escorial que visita con nosotros el Monasterio—, fué donde estuvo don Alfonso la última tarde que vino a los panteones. Vino a despedirse, sin duda: él ya sabía que tenía que marcharse...

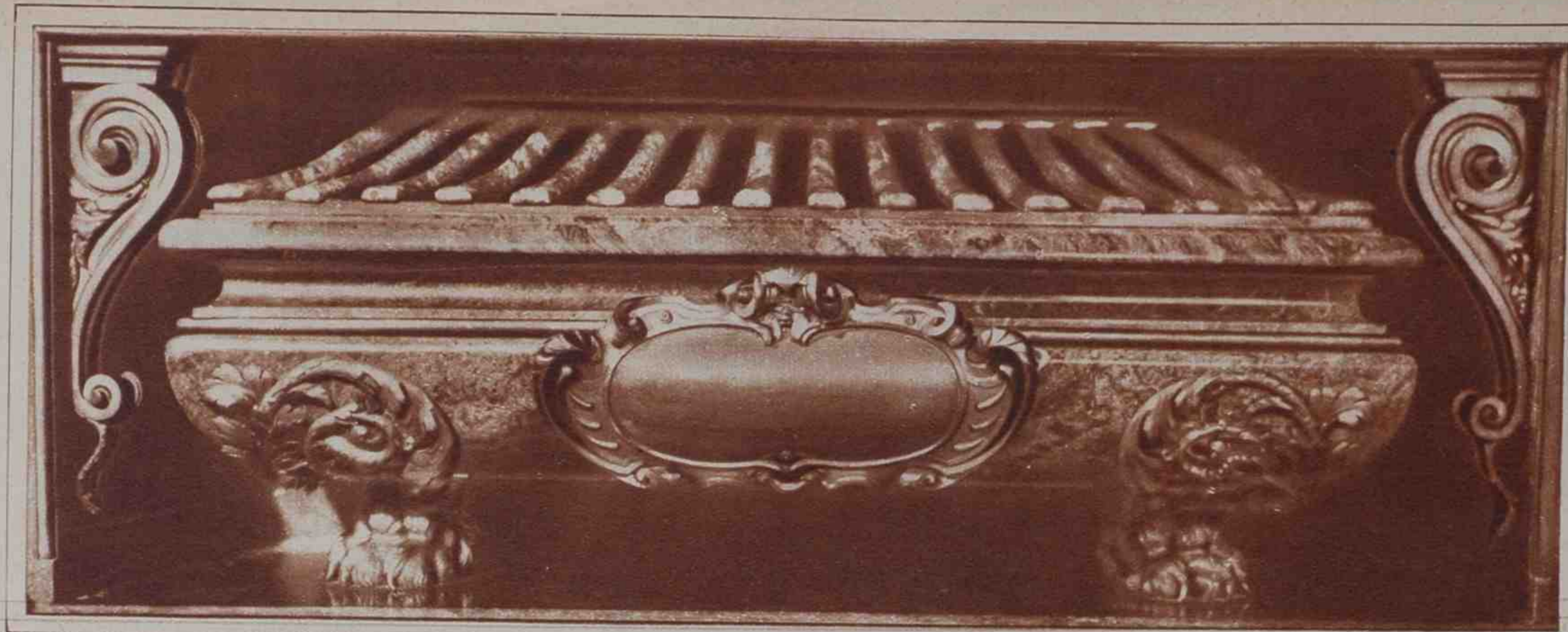
—Sería una escena dolorosa...

—Nadie lo sabe, porque nadie la vió. El ex



El panteón de los reyes. Aquí están sepultados veintiún monarcas: doce reyes y nueve reinas.





El sepulcro que aguardaba a don Alfonso. En ese óvalo, en el que se había de escribir su nombre y su título, ya nada se escribirá...

—De esas dos que están vacantes ahí—dice el guarda señalando las urnas de la pared de enfrente, las de las reinas—, una está destinada a la reina Cristina...

—¿Y la otra habría sido para doña Victoria?

—Claro.

—Dicen—indica alguien—que a doña Victoria le horrorizaba este panteón, que le trastornaba ver su sepulcro abierto...

—Venía poco por aquí.

La tumba, la posible tumba del ex príncipe de Asturias — *Alphon-sus XIV* —, está encima de la puerta de entrada. Allí, frente por frente del altar, hay dos vacías. La de arriba parece que habría sido para él, si hubiera llegado a reinar, y la de abajo para su sucesor. En ese momento, a la muerte de ese hipotético *Alphon-sus XV*, ya no habría habido sitio para ningún rey más en el panteón, y los españoles de entonces no habrían tenido más remedio que proclamar la República.

#### COMO SE SEPULTA A UN REY

—Y ¿qué ceremonias había que hacerle a un rey, desde que se moría hasta que lo guardaban en una urna de esas?

—Pues, primero, traían el cadáver de Madrid y lo entraban por el patio de los reyes, por donde no había entrado en vida más que una vez...

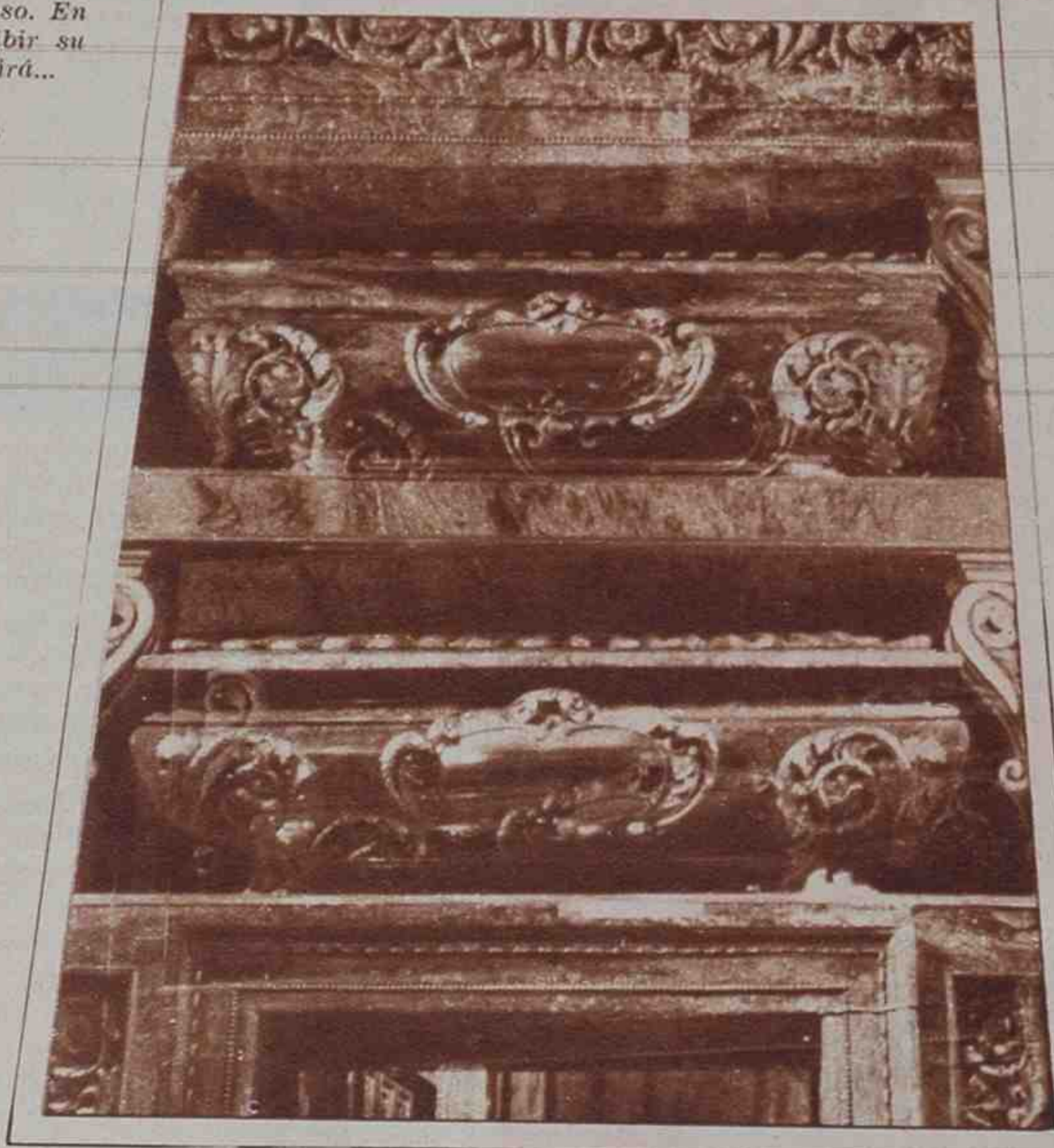
—¿Cómo?

—Sí. El rey no podía entrar por el patio de los reyes más que dos veces: la primera, vivo, al coronarse, y la segunda, muerto, cuando lo traían a sepultar...

—Bien. ¿Y luego que entraban el cadáver por la puerta de los reyes...?

—Después salía el prior del Monasterio a recibirlo, y los moneros de Espinosa, que eran los que venían encargados de su custodia, se lo entregaban.

Entonces llevaban el cadáver a la iglesia y allí se celebraban los funerales. A continua-



En el sepulcro de arriba habría reposado el príncipe de Asturias, y en el de abajo su sucesor en el trono.



"... No más servir a señores—que en gusanos se convierten"—, volvería a decir el duque de Gandía ante esta momia encerrada en una de las urnas del panteón. Es justamente la del marido de aquella reina, cuyo cadáver le hizo lanzar esa amarga exclamación... Es lo que queda de Carlos I, "Emperador y Rey"...

(Fotos Palomo.)

ción, lo encerraban en el pudridero.

—Donde se pasaba, ¿cuánto tiempo?

—Hasta que se quedaba convertido en una momia. Es decir, diez años, por lo menos...

—¿Y entonces?

—Sacan la momia, la ponen en una caja de plomo, la meten en una urna de esas. Y ahí se queda para siempre...

#### EN EL PANTEON DE INFANTES

Del panteón de reyes vamos al de infantes, empezado a construir por Isabel II, continuado por Alfonso XII y concluido en la regencia de doña María Cristina.

Aquí, en el panteón de infantes, están revueltos, no sólo príncipes y princesas, sino las reinas de España que no han tenido hijos y algunos reyes de otros países: de Hungría, de Francia, de Etruria... En total, me parece que hay, repartidos por las nueve cámaras que forman este panteón, ochenta y tres reyes, archiduques, infantes e infantitos.

Entre esta muchedumbre, que espera acostada en los sótanos de El Escorial la resurrección de la carne, tropezamos, de cuando en cuando, con nombres que han hecho ruido en la historia de España. Encontramos a don Juan de Austria, el hijo natural de Carlos I, que está en una cámara que podría llamarse algo así como "la sala de los hijos del Amor", porque no hay en ella más que bastardos. Encontramos al príncipe don Carlos, el hijo de Felipe II. Y al infante don Antonio, el que provocó el Dos de Mayo. Y al duque de Montpensier...

De tantas sepulturas pomposas, cubiertas de letreros dorados, en los que se describen las glorias y las virtudes de las gentes que las ocupan, no suscita un poco de emoción más que una: la de un hijo de Felipe II, el príncipe Diego, muerto a los siete años. Sobre la tumba de este niño no hay más que su nombre, y esta terrible reflexión, dictada no sé si por su mismo padre o por qué otro corazón desesperado: "*Mori lucrum*".

V. SANCHEZ-OCAÑA